

Presencia de la muerte en el mundo de la infancia y reclamo social en algunos poemas de Luis Valle Goicochea

Presence of death in the realm of childhood and social claim in some Poems by Luis Valle Goicochea

*Chrystian Zegarra*¹

RESUMEN

La obra poética y narrativa de Luis Valle Goicochea ha sido leída generalmente por la crítica desde una perspectiva que resalta su carácter “infantil”, en el cual predomina una visión inocente e idealizada de la infancia. En este ensayo analizo la forma cómo algunos de sus poemas más representativos destruyen esta mirada idílica al insertar la dimensión destructiva de la muerte en el universo de la niñez. Además, demuestro de qué manera los textos estudiados proponen una voz crítica hacia determinados fenómenos sociales y políticos del Perú de las primeras décadas del siglo XX.

Palabras clave: Obra poética, crítica, fenómenos sociales, políticos.

ABSTRACT

The poetic and narrative works of Luis Valle Goicochea have been generally read from a critical perspective that emphasizes their “infantile” character, in which predominates an innocent and idealized vision of childhood. In this essay I analyze how some of his most representative poems take issue with idyllic representations of childhood by taking into account the destructive dimension of death that lies within the realm of childhood. Besides, I demonstrate how these texts propose a critical voice in regards to certain social and political issues that took place in Peru during the first decades of the twentieth-century.

Key words: Poetic work, critic, social phenomena, politics.

¹ Crítico literario y profesor en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Indiana en Bloomington, Estados Unidos. Recibió el Premio Copé de Oro de PetroPerú en 2005 por el poemario *Escena primordial y otros poemas*.

Cuando en las páginas de *Amauta*, hacia fines de la década del veinte, Carlos Oquendo de Amat dedicó uno de sus poemas a José María Eguren, calificándolo de “claro y sencillo”, uno tiende a percibir cierta vena irónica en las implicaciones de estos adjetivos –cualquier lector que haya transitado por los nebulosos escenarios egurenianos convendría en que nada se encuentra más alejado del universo poético del autor de *Simbólicas* que los ámbitos de la claridad y la sencillez. A no ser que se asuma la idea de que el lirismo desprovisto de aspavientos retóricos (en franca oposición a la estridencia de un poeta como José Santos Chocano, cuyo nombre ya es un lugar común en esta materia) otorgue a la poesía de Eguren una transparencia que no refiere a la común acepción del término, sino a una suerte de desnudamiento del espíritu que propicia la revelación de distintos estratos humanos: el erotismo, la muerte, el destino, la irrealidad, el deseo, la imaginación.

A primera vista, la obra poética de Luis Valle Goicochea (*La Soledad*, 1911) recibiría más adecuadamente el elogio de Oquendo de Amat, ya que sus poemas muestran quizás uno de los mayores ejercicios de sencillez y claridad que se puedan encontrar en la poesía peruana del siglo XX. A pesar de que su primer libro *Las canciones de Rinono y Papagil* (1932) es contemporáneo de otros volúmenes de marcada tendencia experimental como *Cinema de los sentidos puros* (1931) de Enrique Peña Barrenechea o *Las islas extrañas* (1933) de Emilio Adolfo Westphalen, herederos asimismo del amplio espectro vanguardista que recorre las letras peruanas a lo largo de la década de los veinte, el libro de Valle Goicochea se demarca de estos poemarios al presentar un universo ligado al plano de la infancia donde la mirada de la voz poética recorre el espacio familiar asentado en la tranquilidad del paisaje de un pueblo que adquiere ribetes míticos, radicalmente distanciado de los recintos urbanos preferidos por la literatura de vanguardia.

1. Pulsión mortuoria: la niñez revisitada

No escogí la referencia inicial a Eguren de forma arbitraria, sino con el propósito de trazar una conexión precisa entre un motivo recurrente en su poesía, que servirá para ilustrar otra faceta de la tan mentada temática de corte infantil en la obra de Valle Goicochea. En los juicios críticos sobre el poeta libertino el rasgo que más se remarca es aquél de la representación del

mundo de la niñez bajo un aura encantada, idílica, que remite a una visión paradisíaca del ambiente hogareño. Como sostiene Francisco Izquierdo Ríos: “Toda su poesía tiene el fresco candor de la infancia: arroyos, avecillas, árboles hogareños florecidos, burritos mansos, sonrisas de niños, momentos aurorales, luz, aroma, canto” (137). Pero ya Abraham Valdelomar en sus versos al hermano ausente¹ –y César Vallejo con mayor énfasis en la última sección de *Los heraldos negros*, sobre todo en ese memorable poema concebido en el punto limítrofe entre la evocación de la grandeza del padre y su caída definitiva²– habían demostrado que no es posible una (re)construcción idealizada del ambiente familiar desde la distancia temporal que impone la voz lírica, la cual opera sobre la base del recuerdo, sin que también se medite sobre el desgaste del mismo. Es decir que la poesía que se sumerge en el mundo de la infancia para conjugarlo como espacio de refugio, o para contrarrestar los padecimientos de una existencia hostil, revela al mismo tiempo la amargura de la lejanía, de la pérdida, de la orfandad. Es posible visitar la infancia pero en ocasiones el resultado de esta experiencia, antes que edificar un halo perfecto e inalterable, corre el riesgo de constatar la inocultable estela devastadora del tránsito del tiempo.

Decía que existe un evidente diálogo de la poesía de Valle Goicochea con la imaginería de la infancia visualizada por Eguren, quien en el poema “Marcha fúnebre de una marionette” pone en escena una secuencia mortuoria en la cual la niña Paquita mueve los hilos de sus personajes –otros muñecos y juguetes– que escoltan la carroza donde se aloja el cuerpo muerto de la marioneta. La reacción de la niña es de júbilo y pesar a la vez (“Paquita danza y llora”) ante lo que el enunciador describe como la llegada de la “dicha temprana a la tumba”. Es decir que la infancia se sepulta en ese gesto que más que encerrar una contradicción revela el doble rostro de todos los procesos humanos –y es que no hay un único punto de vista con respecto a ninguna etapa, sentimiento o vivencia experimentada por los individuos, ya que todo acto no puede desprenderse de su cara opuesta. La infancia no se escapa de ser un conjunto multifacético, provisto de numerosas aristas que le confieren un matiz complejo. En un libro de Valle Goicochea de los años cuarenta, *Al oído de este niño* (1943), se perciben intersecciones, vasos comunicantes con la poesía de Eguren con la finalidad de incidir en una imagen amplia de la infancia que

considere aspectos que vayan más allá de la simple idolatría hacia la inocencia de este mundo. De esta manera, la muerte es invocada en el cuerpo destrozado de una de las muñecas de la niña Clara:

Ha muerto la muñeca Marisa
cayó y se hizo trizas.
.....
En caja de cartón forrada en raso encerrarán
con cuidado los pedazos.³

Entonces, el contacto del infante con los oficios depredadores de la muerte se produce desde las etapas iniciales de la niñez, y este encuentro ejerce su influencia en los diversos estratos que constituyen el universo infantil. La posterior evocación del ambiente de la infancia por medio de la voz lírica elabora un espacio textual de límites difusos –donde la agonía del hablante visualiza un juego de espejos entre la lejanía del niño y la actualidad del adulto– que opera a manera de interregno en que lo anterior y lo presente se funden en una imagen que registra múltiples significaciones:

Entre tanta cosa bella
e inútil, estoy muriendo;
no sé si de misma muerte
o de amor, o de silencio...

En este sentido, las marcas textuales de la voz poética en *Rinono* y *Papagil* evidencian en varias ocasiones la destrucción de los vestigios de un reino, más que el eficaz resurgimiento de su aureola luminosa. Ante la desaparición del “pajarito” Rinono, el hablante conjetura acerca de su posible muerte, sentimiento que acrecienta el dolor ante el fantasma de la ausencia: “Papá me dice a mí, el mayor de los hermanos, / que ese no saber dónde está / se llama incertidumbre”. Y remata con un aire nostálgico: “Rinono ya no volverá”. Para corroborar la hipótesis de que el ambiente familiar es visto desde una óptica incierta, el registro distante del enunciador evoca con tono de temor la posibilidad de que la estructura del hogar se haya desmoronado: “Me preocupa hoy que estamos lejos / la pared torcida de la casa vieja...”. La inminencia de la muerte puebla los versos de *El sábado y la casa* (1934), segundo libro de Valle Goicochea:

La muerte ronda, madre,
está rondando,
alrededor de los saúcos viejos
del frente de la casa.

La extinción de elementos naturales y animales promueve la certeza en la conciencia del enunciador poemático de que la naturaleza es también precededora. A esto se suma la muerte de queridos miembros familiares, como la hermana, suceso que lo induce a desear:

Morir, ahora en que la muerte es buena;
morir
con el eco postrero
de la invariable canción que tañe, o irse
en el último suspiro de la niebla...

De igual forma, la tristeza experimentada en el pasado de la niñez ante el terrible acontecimiento de la prematura desaparición de un semejante –alma gemela que seguramente compartía sus mismos ideales– no es factible de borrarse de la memoria del individuo adulto, resurgiendo sobre la superficie de la piel como una cicatriz aún abierta y dolorosa: “Nunca olvidaré tu cara triste todo el tiempo, / niño muerto del pueblo, compañero...”. Por esto, la supuesta claridad que adjudiqué anteriormente a la poesía de Valle, más como estrategia retórica que como firme creencia en su funcionamiento, debe considerarse como instancia reveladora de un universo poético donde conviven múltiples manifestaciones que pueden resultar en principio contradictorias: muerte, vida, esperanza, melancolía; pero que en el espacio del poema confluyen para crear un organismo vital y complejo como la vida misma. Como apunta Sebastián Salazar Bondy: “La melancolía no es en la poesía de Valle Goicochea otra cosa que una forma de la protesta, porque toda elegía es una protesta” (329).⁴

2. Realidad marginalizada y praxis poética

En las líneas que siguen me enfocaré en un libro que considero ejemplar para demostrar cómo la práctica de la poesía se convierte en manos de Valle Goicochea en herramienta que comunica un punto de vista que no se circunscribe solamente a la remembranza del recinto del hogar. En *Paz en la tierra* (1939), la voz poética discurre sobre un motivo, que siguiendo las variaciones sobre un mismo tema de una composición musical, toma formas y connotaciones cambiantes: el agua. Emplazado en la campiña de Moche, poblado ubicado en la periferia de Trujillo, el enunciador registra atentamente la variedad de manifestaciones del fenómeno acuático: “ríos”, “acequias”, “charcas”.

Desde una voz que se reviste de características místicas, se constata que la llegada del agua a las chacras constituye un acontecimiento bendito:

Agua que inundas los campos,
 agua bendición del cielo.
 Don de dones, don de dones
 te saludan los labriegos
 con una canción antigua
 de confundidos acentos...

La creciente de los ríos es saludada con algarabía: “Crece el río y se desborda. // Load esta maravilla”, como salida frente a la sequedad de los terrenos que conducen a la devastación de la naturaleza. La dicotomía entre “sequía” y “creciente” se reproduce en tonos que oponen la desolación del paisaje reseco frente a la prosperidad del riego propiciado por el desborde de los ríos. La falta de agua se refleja en estos versos: “Del horror nace este espino, / de la sed en lo más hondo”. Este arbusto cubierto de polvo “cobra un ropaje de lloro”. Ante la ausencia del elemento líquido el sufrimiento surca el escenario de una naturaleza abandonada a su propio discurrir, consumiéndose en la implacable acción del sol infernal:

El bochorno.
 Sol que mata.
 Bajo el sol
 está expirando la charca.

Como dijimos antes, el remedio ante este ambiente desértico –leído también en el sentido metafórico del término que alude su empobrecimiento crónico– es el arribo del agua que tiene un correlato divino. El yo lírico agradece a Dios la presencia oportuna de la lluvia (“Dios mío, al fin escuchaste / el clamor de la sequía”), que propicia el cambio –o la resurrección– del cuerpo devastado de la naturaleza hacia un estado de plenitud en que los seres del mundo de abajo –despojados del contacto con la entidad divina en la fase de sequía– puedan conectarse con una dimensión más completa de sí mismos. El poema “Llor” sintetiza estas impresiones categóricamente:

Oh, la creciente del río.
 Señor, tu misericordia.

 Pero tu dulce milagro
 llegó en el río crecido

y sobre los campos mustios
 vibró la vida su sino.

.....

Señor: tu misericordia
 en la creciente del río.

Resulta interesante conectar brevemente esta lectura del poemario de Valle Goicochea con dos textos narrativos contemporáneos suyos: el volumen de cuentos *Agua* (1933) de José María Arguedas y la novela *Los perros hambrientos* (1938) de Ciro Alegría. En el primer caso, la restricción del acceso al agua hacia los pobladores de la comunidad por parte de los “mistis” se propone como caso extremo de abuso que debe producir una respuesta reivindicatoria de los campesinos. En Alegría, a la sequía que azota al poblado de la sierra peruana en la realidad ficcionalizada se añade la acción despótica de los gamonales que expropian las tierras a los campesinos, dueños legítimos de las mismas. Finalmente, la llegada de la lluvia sugiere una suerte de vuelta al orden que actúa como corolario a una historia de maltratos y humillaciones:

Y una noche fue lo maravilloso, los oídos escucharon la ansiada voz de la lluvia. Caía larga y pródiga, esparciendo un gran olor a tierra. Cuando llegó la mañana, continuaba azotando dulcemente los campos. Y los hombres uncieron de nuevo los bueyes, empuñaron la manquera, abrieron surcos y arrojaron semilla. El corazón, sobre todo, es una tierra siempre húmeda y fiel. (227)

En esta vena, en *Paz en la tierra* se puede intuir este reclamo ante las carencias de una zona periférica simbolizada en la campiña de Moche, uno de los tantos pueblos que no existen en el mapa oficial del Perú, y que sin duda no recibieron ningún beneficio del programa modernizador de la “Patria Nueva” de Leguía. El pensador polaco Zygmunt Bauman ha acuñado el término *liquid modernity* (“modernidad líquida”) para referirse al carácter fluctuante de los tiempos modernos, en los cuales el rápido flujo acuático-temporal –que obviamente pone sobre el tapete connotaciones económicas y de relaciones de poder– dificulta la consolidación de entidades sólidas(9). Sin embargo, los temas de la sequía y del agua restringida imperantes en las manifestaciones literarias mencionadas me lleva a constatar que en el Perú el proceso modernizador de

las áreas más deprimidas de la nación distaba mucho de reflejar los acelerados cambios que se efectuaban a toda máquina en la ciudad de Lima, como consecuencia de la política del oncenio leguista a favor del constante flujo de capitales norteamericanos hacia el Perú, los cuales “capturaron las finanzas del estado” (Burga y Flores Galindo 138). En contraste, José Vásquez Bailón enfatiza lo siguiente con respecto al olvido de la provincia libertina de Pataz, donde se ubica el pueblo de La Soledad –lugar de nacimiento de Valle Goicochea–: “Zona mundialmente conocida por su riqueza mineral, pero desdeñada por los gobiernos de turno, autoridades nacionales, funcionarios sectoriales, etc. que sólo la tratan como 'la lejana Pataz'” (16; comillas en el original). Este carácter de denuncia ha sido resaltado por Enrique Anderson-Imbert, para quien la poesía de Valle Goicochea comunica un “mensaje social”, aunque el autor “no era un político” (202). Consecuentemente, la literatura se convierte en un factor crítico, que en el registro poético de Luis Valle Goicochea adquiere dimensiones místicas, para lanzar un reclamo a toda voz desde la otra faz de la realidad peruana, aquella que dista diametralmente de las esferas del bienestar económico y social.

Notas

1. “Hay un sitio vacío en la mesa hacia el cual / mi madre tiende a veces su mirada de miel / y se musita el nombre del ausente; pero él / hoy no vendrá a sentarse en la mesa pascual” (“El hermano ausente en la cena de Pascua” 5-8).

2. “Y cuando la mañana llena de gracia, / desde sus senos de tiempo, / que son dos renunciadas, dos avances de amor / que se tienden y ruegan infinito, eterna vida, / cante, y eche a volar Verbos plurales, / jirones de tu ser, / a la borda de sus alas blancas / de hermana de la caridad, ¡oh, padre mío!” (“Eneida” 37-44).
3. Todas las citas de los poemas de Luis Valle Goicochea provienen del volumen recopilatorio titulado *La pared torcida*.
4. Este ensayo se publicó originalmente en la *Revista Peruana de Cultura*, N° 1, Lima, julio de 1963.

Referencias bibliográficas

- Alegría, Ciro. *Los perros hambrientos*. Ed. Carlos Villanes. Madrid: Cátedra, 1996.
- Anderson-Imbert, Enrique. *Historia de la Literatura Hispanoamericana: Época contemporánea*. Vol. 2. México: Fondo de Cultura Económica, 1974.
- Arguedas, José María. *Relatos completos*. Lima: Editorial Horizonte, 1987.
- Bauman, Zygmunt. *Liquid Modernity*. Cambridge, UK: Polity, 2002.
- Burga, Manuel y Alberto Flores Galindo. *Apogeo y crisis de la república aristocrática: Oligarquía, aprismo y comunismo en el Perú, 1895-1932*. Lima: Rikchay Perú, 1979.
- Izquierdo Ríos, Francisco. *Cinco poetas y un novelista*. Lima, 1969.
- Salazar Bondy, Sebastián. “Tres imágenes discontinuas de Luis Valle Goicochea”. En: *Obra poética*. De Luis Valle Goicochea. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1974.
- Valdelomar, Abraham. *Poesía completa*. Ed. Ricardo Silva-Santesteban. Lima: Copé, 2001.
- Valle Goicochea, Luis. *La pared torcida*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Alas Peruanas, 2005.
- Vallejo, César. *Los heraldos negros*. Ed. René de Costa. Madrid: Cátedra, 1998.
- Vásquez Bailón, José Fabriciano. *Luvagois: Rastro y circunstancia (Pasión y obra de Luis Valle Goicochea)*. Trujillo: Ediciones Publimagen, 1998.